

Por Manuel de IRUJO

Constituye una nobilísima aspiración la de renunciar a la guerra como instrumento de política. Recordamos a ese respecto el texto del Pacto Kellog, transcrito en la Constitución de la República Española, para honor de ésta. Pero la verdad es que nos hallamos muy lejos de lograr que aquella aspiración se convierta en realidad. Pocas veces habrá pasado el mundo por situaciones en las que la guerra, fría, templada o a borbotones de sangre, figure en términos más prometedoras que en la actualidad, como primer instrumento de política.

El puesto que la guerra y su preparación ha tomado entre los gobernantes, es aquel en el que ha desalojado a la moral. El fin justifica los medios, ya se mire a la derecha o a la izquierda. ~~Me~~ ~~necesitan~~ La moral se ha reducido a poco más que literatura de propaganda. Es lamentable, pero es la realidad cruda que estamos viviendo. No necesitamos hacer demasiados esfuerzos para encontrar ejemplos de la sistemática inmoralidad en que se mueve la política internacional. Nos basta con el caso Franco. El francómetro es una medida que no engaña. Para concertar pactos un demócrata con Franco, es preciso volverse de espaldas a la moral, quien quiera que sea el otorgante. Las gentes se escandalizan de que los Mau-mau de Kenia descuarticen hoy siete, ayer doce y mañana cuatro blancos o kukuyus no juramentados. Y tienen mucha razón para escandalizarse de esa monstruosidad. Pero bastante más monstruoso es haber matado un millón de españoles. Y ahí está Franco en El Pardo, rodeado de las zalemas de los Embajadores de las Democracias liberales, cristianas y occidentales.

Para nadie es un secreto nuestra posición. Somos cristianos y demócratas. Estamos, por ello, en frente de cualquier totalitarismo, sea de izquierda o de derecha, así se denomine fascismo o comu-

nismo. Pero ello nos obliga a manifestar nuestra disconformidad con aquellas medidas que pugnan con nuestro sentido demócrata y cristiano de la vida. Hasta ahora, el envilecer a un ser humano, aunque ese ser humano fuera enemigo nuestro, era reputado por el mundo como una inmoralidad del tamaño del Himalaya. A nadie que se reputara bien nacido podía ocurrírsele que un medio lícito de combatir a un pueblo, aunque ese pueblo sea nuestro enemigo, fuera el de destruir los cimientos de su vida familiar, hacer que los hijos odiasen a sus padres, que los maridos fueran infieles a sus mujeres. El envilecer a los hombres es un medio inmoral por su naturaleza y no puede ser empleado por quien afirma defender la moral, que es la base del ^{derecho} ~~deber~~ y sin la cual éste se convierte en fuerza bruta.

Pero esto era. Ya no lo es. Quizá haya quien, hipócrita, ha vuelto del revés el cuadro de la moral colgado en la pared de su despacho, para que no se ofenda. A los restantes no les afecta la presencia de símbolos poéticos, tan bellos como inoperantes.

Un día entre los días, nos encontramos sorprendidos por el anuncio público y escandaloso de un concurso abierto a la traición y pagado en oro. Norteamérica dará cien mil dólares al ^{primer} ~~mejor~~ aviador comunista que entregue un Mig intacto. Cuando lo leímos, supusimos que el mundo iba a reaccionar en un movimiento de repugnancia. Nos equivocamos. Las gentes leyeron el anuncio en los periódicos y se quedaron tan anchas. Una protesta calificada se elevó contra el sistema. Y, una vez más, debemos a Inglaterra -y dentro de Inglaterra a los laboristas-, esta manifestación de pública honestidad.

Pero Churchill no es hombre de excesivos escrúpulos. Reconoció que Gran Bretaña no había sido consultada y no tenía participación alguna en el feo negocio, que el momento ha sido mal elegido y que los Generales americanos Clark y Harrison han procedido con falta de tacto.

Pero su indulgencia para el principio de un tal ofrecimiento fué notoria, tanto como los comentarios británicos le han sido hostiles, encontrando inmediata sanción en la derrota conservadora sufrida en las elecciones municipales de Inglaterra y Gales.

El Premier británico, invocando un tratado de derecho internacional, contestó a la interpelación laborista que en los tiempos actuales la corrupción del enemigo no es ilegal. No dijo que no era inmoral, porque a Churchill la moralidad le preocupa menos que la eficacia; sino que no es ilegal, o sea, que no está prohibida por ninguna ley internacional. Y, en efecto, es cierto que no existe precepto alguno en los tratados internacionales que prohíba de una manera concreta fomentar la traición, el envilecimiento o la prostitución de los enemigos, como tampoco había ley alguna que prohibiera específicamente conducir a los judíos por millones a las cámaras de gas y a los hornos crematorios; y ello no obstante, fueron ahorcados en Nuremberg los autores de esa monstruosidad. Aún añadió más el jefe conservador, afirmando que vale más venderse que ser muerto; cínica y desdichada expresión, que ha dado lugar a la dura y amarga protesta del "TIMES", que juzga indignas esas palabras puestas en labios del hombre de la batalla de Inglaterra, hecho genial que sólo tiene una justificación histórica, y es la de que el honor vale más que la vida.

En Gran Bretaña se teme, además -no sin motivo-, que la proposición sea explotada por los comunistas -con razón o sin ella-, para poner en duda las intenciones pacíficas de quienes la hicieron y mantienen.

Nosotros no tenemos intervención alguna en esos negocios. Pero tenemos nuestra opinión y nuestra moral. Para nosotros, será siempre indigno de quien se llama demócrata la corrupción sistemática del enemigo como arma de lucha. Establecer una escuela de inmoralidad y

abrir concursos públicos a la traición, es, dado nuestra manera de enjuiciar, luchar con la inmoralidad por aliado. Y por santos y laudables que sean los objetivos de la lucha, el fin nunca justifica los medios.

X X X

Acaban ustedes de escuchar la lectura de un artículo de nuestro colaborador Manuel de IRUJO, titulado "EL VILIPENDIO DEL ENEMIGO".

22/10/19-28